



## Capítulo 273 - Encuentro entre reyes

El camino subía sinuosamente por las montañas, bordeando acantilados cubiertos de nieve.

El bosque que los rodeaba parecía susurrar antiguos secretos mientras la limusina avanzaba en silencio, como una elegante procesión fúnebre. Dentro del coche, el silencio era confortable, roto solo por el zumbido del motor y la respiración rítmica de Zafiro, que observaba el paisaje con ojos aburridos y brazos cruzados.

Vergil, por su parte, estaba reclinado con una pierna sobre la otra, con los ojos medio cerrados pero alerta, como un depredador que fingía descansar.

Kaguya se sentó frente a ellos, en el asiento lateral de la limusina, con una postura impecable y serena. El kimono blanco con detalles rojos lucía aún más etéreo bajo la tenue luz del techo del coche. Sus ojos carmesí brillaron brevemente mientras hablaba.

"Nos acercamos a la residencia de nuestro Rey. Espero que la estancia sea agradable para Sus Majestades", dijo, siempre respetuosa, casi acogedora.

Vergil la miró e incluso consideró burlarse un poco de ella, pero en lugar de eso, suspiró profundamente. "Solo espero que no nos haya tendido una trampa".

Lo dijo como si no supiera ya que, a estas alturas, Alucard seguramente sabía que Sapphire estaba con Vergil: cualquier plan sería idiota.





Kaguya sonrió con dulzura. «Alucard-sama no escatima esfuerzos por quienes respeta. Y tiene un... aprecio especial por ustedes dos. Ha preparado a todos sus subordinados».

Zafiro soltó una risa baja y perezosa. "Ah, ¿tenemos fans?"

"O un ejército esperando para emboscarnos en el momento en que entremos. Todavía no me gusta el hecho de que me pidiera que trajera a un miembro de la familia", dijo Vergil, sin humor.

La limusina dobló una curva pronunciada y luego, como nacida de una pesadilla gótica, la mansión emergió entre la niebla y la nieve.

En realidad, decir "mansión" era quedarse corto. Era un castillo.

Enorme, imponente, con torres negras que perforaban el cielo como lanzas. Gárgolas de piedra observaban desde los tejados, y estrechas ventanas reflejaban una luz sombría bajo el sol matutino. La estructura estaba excavada en un acantilado, con vistas a un valle tan profundo que la niebla nunca se disipaba. La arquitectura era medieval, pero su perfección asimétrica tenía un toque moderno y cruel, como si el castillo supiera que lo mirabas y se riera de ti por ello.

Zafiro se inclinó ligeramente hacia delante, contemplando la monstruosa vivienda. «Sin duda... compensando algo», murmuró, casi riendo.

"Sí... normalmente la gente con edificios tan megalómanos tiene que compensar el tamaño con algo más", rió Vergil antes de añadir: "La inmortalidad puede llevar a decisiones arquitectónicas cuestionables".



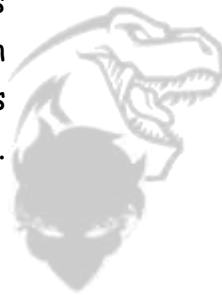


El coche se detuvo frente a una puerta colosal, donde dos figuras encapuchadas abrieron las enormes puertas de hierro sin decir palabra. La limusina pasó lentamente, como si entrara en territorio prohibido, lo cual, en cierto modo, era cierto.

Cuando la puerta se abrió para que salieran, Kaguya fue la primera en salir y extendió su mano delicadamente, ofreciendo ayuda.

Zafiro aceptó el gesto con una media sonrisa, aunque sus ojos dejaban claro que le divertía el acto excesivamente caballeroso. Vergil salió solo, con las manos en los bolsillos y una postura relajada.

Arriba, las puertas principales del castillo se abrieron con un sonido profundo y atronador, como si la propia montaña hubiera reconocido la llegada de los demonios. Un grupo de vampiros uniformados esperaban, alineados con precisión militar. Hombres y mujeres con rostros inexpresivos, todos vestidos con atuendos ceremoniales negros adornados con detalles carmesí. Ninguno respiraba.



En lo alto de la escalera, bajo el arco de piedra de la puerta, una figura solitaria los esperaba. Cabello negro hasta los hombros, piel pálida como el mármol y ojos color vino. Una sutil sonrisa se dibujó en los labios de Alucard: el Rey Vampiro.

Bajó los escalones con calma, como si cada uno formara parte de un antiguo ritual. Al llegar a la mitad de la escalera, se detuvo y abrió los brazos, como un anfitrión que recibe a sus invitados imperiales.

"Vergil. Zafiro. Bienvenido a mi casa."

Vergil asintió levemente. "Qué bonito lugar. De verdad que sabes cómo impresionar".



—No es para impresionar. Es para recordarles a mortales e inmortales quién gobierna este pedazo de mundo. —Alucard sonrió, mostrando sus colmillos por un instante—. Y ahora, por fin has llegado a mi montaña. Lo cual me trae honor... y un toque de tensión.

«Este tipo es un completo imbécil», pensó Vergil, observando cómo actuaba Alucard. No es que esperara algo más... refinado, pero en serio, ¿qué clase de persona era esta?

Zafiro chasqueó los dedos; una pequeña chispa brilló en la punta de su índice. «La tensión es mutua. Pero hoy estamos de buen humor».

Kaguya hizo una nueva reverencia. «El salón principal está listo para recibirlos. Alucard-sama insistió en atenderlos personalmente».

—Qué adorable —dijo Zafiro arrastrando las palabras, con los brazos cruzados, y mirando de reojo a los soldados vampiros alineados—. Esperemos que nadie intente envenenarnos con vino... hecho con sangre.

Vergil subió el primer escalón junto a ella. «O nos emboscarás durante la cena. Estoy harto de clichés».

Alucard se giró con una sonrisa burlona y arqueó una ceja. "Ustedes dos ven demasiadas películas, ¿lo saben? ¿Desde cuándo soy ese tipo de anfitrión traicionero?"

Vergil soltó una leve risa nasal. "Me pediste que trajera a un miembro de mi familia. ¿Qué esperabas?"





El vampiro arqueó ambas cejas, genuinamente sorprendido. "¿Qué? Solo pensé que estaría bien tener compañía. Estás al otro lado del mundo; pensé que sería deprimente verte solo, enfurruñado en un rincón oscuro. Incluso mandé reforzar las habitaciones... para que pudieran acostarse sin sentido sin derrumbar las paredes."

Vergil miró fijamente a Alucard durante dos largos segundos, como si intentara descifrar si estaba siendo sarcástico, cínico... o genuinamente pensativo. Lo peor era que fácilmente podía ser las tres cosas a la vez.

"... ¿Reforzaron las habitaciones?" repitió con los ojos entrecerrados.

—Con runas amortiguadoras y aislamiento arcano, sí —respondió Alucard con indiferencia, encogiéndose de hombros—. La última pareja de demonios que nos visitó desencadenó una avalancha solo por gemir demasiado fuerte. No pienso volver a lidiar con eso.

Zafiro soltó una risa cristalina que resonó en las columnas de piedra del salón. «Me alegra saber que su hospitalidad incluye prepararse para noches destructivas».

Vergil se pasó una mano por la cara, exhausto, luego por el cabello, arreglándolo con los dedos. "Esto es surrealista", murmuró, antes de volver a mirar a Alucard con una mezcla de resignación y frustración en los ojos. "Azazel me dijo que solicitaste personalmente mi presencia... Dijo que era un gesto de confianza entre nuestros reinos".

Cuando terminó de hablar, hizo una pausa. Respiró hondo. Tan hondo que el aire a su alrededor pareció ondularse por un instante, como si la atmósfera misma sintiera el peso de ese suspiro. Zafiro, a su lado, giró lentamente la cabeza. No era un suspiro normal; era el más exhausto que jamás le había oído. Una especie de rendición cósmica.





"...Azazel me engañó, ¿no?"

Los ojos de Alucard se abrieron de par en par por un momento, pero luego sonrió, mitad culpable, mitad complacido. «Te engañó con estilo, si te sirve de consuelo».

Vergil se llevó una mano a la sien, como si intentara evitar un dolor de cabeza. "¿Por qué ese cabrón siempre tiene que convertir todo en una tontería con tres capas de ironía y cinco de sarcasmo?"

Alucard se encogió de hombros, completamente tranquilo. "Porque es Azazel. Si no te engañó con un plan extra que no tenía ningún sentido hasta la fase final... entonces deberías estar preocupado."

Kaguya, quien hasta entonces había permanecido silenciosa como una elegante sombra, avanzó con la postura impecable de una sirvienta entrenada durante siglos. Sus ojos carmesí brillaron suavemente bajo la luz de las antorchas y la niebla que comenzaba a formarse alrededor de los terrenos del castillo.



—Caballeros —dijo con voz serena, lo suficientemente firme como para interrumpir la conversación informal entre los tres—, tal vez deberíamos continuar este intercambio de cumplidos adentro...

Vergil giró la cabeza hacia ella y levantó una ceja.

Kaguya miró entonces al cielo, y su expresión, aún serena, cambió sutilmente, casi imperceptiblemente, como si algo hubiera captado su atención más allá de las nubes que se arremolinaban. «Se avecina una tormenta».

Zafiro también miró por encima del hombro y notó que el cielo se oscurecía a una velocidad sobrenatural. Las nubes se acumulaban en una danza



antinatural, como si algo —o alguien— estuviera invocando el clima con una intención mucho más siniestra que la simple lluvia.

"¿Una tormenta normal?" preguntó, con una leve sonrisa en sus labios, como si ya supiera la respuesta.

Kaguya dudó una fracción de segundo. "Dudo mucho que sea algo tan... mundano."

Vergil entrecerró los ojos hacia el cielo, luego se giró hacia Alucard, quien simplemente ofreció una sonrisa moleestamente tranquila, como si ya estuviera aburrido del misterio.

"¿Estás seguro de que no planeaste esta parte también?" preguntó Vergil.

"Esta vez, te juro que no", respondió Alucard con ligereza. "Pero si es un ataque, eligieron el peor momento".



"O lo mejor", añadió Zafiro con un brillo asesino en los ojos. "Tres monstruos, una tormenta y una cena arruinada... suena como el comienzo de una masacre".

Vergil respiró hondo y asintió con la cabeza a Kaguya. "Muy bien. Entremos".

Ella volvió a inclinarse. "Por aquí, por favor."